

*El libro de viajes de Dinicu Golescu: Retraso balcánico y progreso occidental*¹

Juan José ORTEGA ROMÁN

El título de la investigación que hoy presentamos nos lo ha sugerido el relato de los viajes que hizo Dinicu Golescu por la Europa occidental en los años 1824, 1825 y 1826. Las anotaciones que fue realizando vieron la luz en 1826 en forma de diario «itinerante», de viajes, bajo el título de *Însemnare a călătoriei mele (Diario de mis viajes)*. No se trata, pues, de una idea concebida desde nuestro punto de vista occidental, sino desde la propia opinión que el autor tiene de su tierra (zona balcánica con un notable retraso) y de Occidente (zona de progreso y bienestar social). Él mismo nos lo define:

«El diario de los viajes que yo, Constandin Golescu, he realizado abarca a todas las ciudades que vi y a todo aquello digno de mención dentro de ellas, así como a pueblos, a caminos o a cualquier cosa de especial interés.

Así mismo, también he descrito la diferencia de los pueblos y de los sembrados, la de los ríos y las postas y también cualquier costumbre y buenas obras que vi para el provecho de mi nación, mostrando incluso las malas costumbres que tenemos en nuestra Patria, a las cuales, si faltaran, ni nosotros podríamos proporcionarle honor ni el pueblo felicidad» (p. 2).

¹ La edición que hemos manejado es la de Mircea Angheliescu (Dinicu Golescu. *Scrieri*. Bucarest. Ed. Minerva. 1990). Las citas se harán directamente respetando su paginación; la traducción —para facilitar la lectura—, así como la puntuación, son nuestras y forman parte de un trabajo de investigación en curso.

Constandin (Dinicu) Radovici Golescu nació el 7 de febrero de 1777 en el seno de una familia noble y culta, y murió en 1830. Su padre, Radu Golescu, fue uno de los más importantes nobles rumanos (boyardos) de principios del siglo XVIII, quien, como persona ilustrada que era, fundó hacia el año 1814, una escuela de enseñanza primaria en Golesti, impulsando así el renacimiento de la enseñanza rumana y en rumano. A la muerte de éste, en 1818, Dinicu Golescu se hizo cargo de la escuela y continuó con la labor paterna. Al igual que su hermano Gheorghe, y a diferencia de Nicolae, el hermano mayor, Dinicu estudió en la Academia griega con Lambru Fotiade y con Ștefan Commitas, profesores ilustrados, helenistas y al corriente de todo cuanto acontecía en la Europa del momento. De ahí que los dos hermanos conocieran no sólo la lengua griega sino también todas las corrientes artísticas, culturales y sociales que estaban teniendo lugar allende las fronteras rumanas, más concretamente en Occidente. Por otra parte, aunque hay autores que opinan lo contrario, parece ser que nuestro autor también tenía muy buenos conocimientos de francés, si le atribuimos la traducción de algunos originales franceses, como es el caso de una recopilación de tratados ruso-turcos referentes a los Países Rumanos. Nos encontramos, pues, con que Golescu es el clásico ejemplo de noble ilustrado, inteligente, culto y con ansia de conocimiento de todo aquello que le rodea. Pero como persona perteneciente al estamento de la nobleza que era, ocupó diferentes cargos boyardescos al frente de la administración. Pocos datos tenemos sobre su actividad política, y de entre ellos no podemos afirmar que todos sean ciertos. Al margen de lo que son sus funciones administrativas, y a modo de anécdota o curiosidad, permítasenos decir que se cree que hacia 1800 se le encomendó una importante misión secreta: ir en busca del canciller Dudescu, un primo suyo, desaparecido, quien supuestamente debía haber llevado una carta a Napoleón en nombre de los boyardos anti-otomanos del País Rumano. En esta misiva se le pedía al Emperador de los franceses que pusiera freno a la cada vez más insoportable opresión turca. Nada se supo acerca de Dudescu: si llegó a París, si murió por el camino o si lo asesinaron en Francia es todavía hoy un misterio. Como misterio es que fuera precisamente Dinicu Golescu el enviado a París en busca de su primo. ¿Lo hubiera consentido su padre, tan apegado a él? Es a partir de 1804 cuando podemos afirmar que entra propiamente en la política, a la vuelta de un viaje que realizó con su progenitor. Hacia 1808 lo encontramos como gobernador del distrito de Mușcel, y en 1811 ocupando el mismo cargo en el de Argeș, esta vez con el rango de capitán. Tras la muerte de su padre sabemos que llegó a ser gran canciller del así llamado País de Abajo. Después de un

período de retiro parece ser que inició una campaña a favor de Tudor Vladimirescu con el fin de rogarle que ocupara lo antes posible la ciudad de Bucarest. El 12 de julio de 1821 firma en Braşov un escrito dirigido al zar en el que protesta por las barbaridades cometidas en los territorios ocupados por los turcos. A finales de 1822 o a principios de 1823 se supone que emprende un viaje a Rusia junto con otros boyardos. Es aquí donde tiene la oportunidad de contemplar las iglesias rusas de las cuales hablará posteriormente en *Însemnare a călătoriei mele*, pero nada sabemos acerca de este viaje: ni el objetivo, ni la duración, ni tan siquiera el itinerario. Podemos pensar que dicho viaje tiene alguna relación con la petición que hicieron los nobles rumanos refugiados en Braşov para que Rusia se implicara más en los asuntos internos del País Rumano, y así protegerlos del yugo otomano. Entre este grupo de boyardos emigrados a Braşov empieza a constituirse una sociedad secreta, de un marcado carácter político en un principio, pero también con la intención de que, por una parte, los más jóvenes se iniciaran en la tarea de la traducción de libros escritos en griego y, por otra, con el propósito de que entre todos se empezara a elaborar un diccionario rumano. En este cometido había participado ya Gheorghe Golescu, su hermano, así como en la redacción de una gramática de la lengua rumana. La iniciativa de este grupo crea las bases para que se pueda poner en marcha nuevamente una serie de actividades culturales, entre las que se encontraba la reapertura de las escuelas de Goleşti. Es, probablemente, en 1826 cuando Dinicu Golescu incluye las experiencias recogidas en sus dos primeras incursiones por la Europa occidental como método de enseñanza para la juventud. El diario de estos viajes se convierte así en una suerte de manual en el que se ponen de manifiesto el estado de los otros pueblos europeos frente al rumano y los medios necesarios para alcanzar una situación similar. El libro formaría parte, pues, de un programa en el cual la escuela es el principal instrumento de educación. Pero esto tiene, a la vez, un objetivo social: preparar a los ciudadanos para que sean una parte importante y útil de esa sociedad.

Su actividad literaria, no obstante, no se limita tan sólo a *Însemnare a călătoriei mele* ni a la mera traducción esporádica de algunas obras, normalmente de tono moralizante. El primer libro que publica, siempre dentro de su afán por ilustrar e instruir, es *Adunare de pilde (Recopilación de ejemplos)* editado en Buda durante el verano de 1826, momento éste que justamente coincide con la reapertura de la escuela de Goleşti, probablemente no fruto del azar, sino como primer paso en el programa educativo que el propio Golescu tenía ya pensado de antemano. *Adunare de pilde* se

convierte rápidamente en un manual útil para la enseñanza, pues en él nos encontramos con la traducción de una serie de fábulas, historias y anécdotas amenas para la juventud, de las cuales, de un modo u otro, se puede extraer una conclusión didáctica, una moraleja, recurriendo siempre al viejo tópico del «instruir deleitando». La obra presenta, en su primera parte, mayormente una recopilación y selección de máximas orientales trasladadas del griego al rumano. La segunda parte consta, básicamente, de un compendio de fábulas de Esopo y de anécdotas de otros autores griegos; mientras que la tercera parte es una traducción de *Les Exemples célèbres...*, del francés M. H. Lemeru. Es, consecuentemente, todo un manual ilustrado con una gran dosis de moral práctica, una manera de dirigirse a los jóvenes y de guiarlos por el camino de la virtud, una forma de poner en sus manos los elementos necesarios para conducirlos a una vida de grandes satisfacciones materiales y espirituales, como reflejará posteriormente en otra obra suya que no vamos a detenernos en comentar: *Elementuri de filosofie morală* (*Elementos de filosofía moral*). Y es éste el tipo de vida que él ha ido conociendo a lo largo y ancho de los territorios europeos por los que pasaba. Comprende, entonces, que no hay necesidad de remontarse a la Antigüedad para aleccionar a nadie: basta con mirar a nuestro alrededor y ver cómo viven los habitantes de otros pagos. Es, justamente, este espíritu ilustrado, esta ansia de conocimiento y de dar a conocer lo que sucede más allá de las fronteras del País Rumano, el que le impulsa a viajar por Europa y a reflejar por escrito todo aquello que él cree digno de mención, de elogio y de imitación. Con esta idea emprende su viaje...

Podemos pensar, si queremos, en la vida de un noble rumano ilustrado, vestido con su caftán, al estilo oriental (otomano), con su típico gorro piramidal, acostumbrado, quizás, a fumar narguile recostado sobre un diván, rociado de perfumes... Sin embargo, la situación que vive su país, esto es, el pueblo llano, es muy distinta. Golescu se da perfectamente cuenta de que los habitantes del País Rumano no son felices (ni siquiera hay atisbos de que esta holgada satisfacción de la que él disfruta sea de su completo agrado; más bien da muestras de no gustarle, debido a esa situación injusta que se está produciendo, más aún cuando todo el mal causado parece provenir precisamente de la parte otomana, del «oriente del oriente», si se nos permite), y es sabedor de que el progreso no se encuentra, curiosamente, en Oriente, sino en Occidente. Para entender mejor esta animadversión que Golescu parece sentir hacia lo otomano, hemos de situarnos en la época fanariota dentro de la historia de Rumanía: un período de dominación turca que sufrieron los principados rumanos durante la primera mitad del siglo XVIII.

Al acabar el siglo XVI el príncipe Miguel de Valaquia había unido temporalmente los principados de Moldavia y Valaquia y se enfrentó al sultán turco. Durante varios años Miguel, llamado el Bravo, se opuso con éxito a los otomanos, conquistó Transilvania en el año 1599 y Moldavia en el 1600, pero al año siguiente, en 1601, murió asesinado, con lo cual el espíritu de independencia de estos territorios fue decayendo al carecer de la figura de un líder. Los turcos aprovecharon la situación, una vez muerto el príncipe Miguel, para ir restableciendo paulatinamente su control sobre estos principados, imponiendo, además, fuertes restricciones políticas. Sin embargo, los principados no llegaron a formar parte del Imperio como tal, ya que se consiguió mantener un cierto grado de autonomía. Pero los rumanos se vieron en la necesidad de solicitar ayuda a Rusia, quien se convertirá, a partir de entonces, en su protectora y aliada. Ante esta situación y ante el crecimiento de la influencia rusa a comienzos del XVIII, los otomanos acabaron por establecer el sistema de gobierno fanariota: Moldavia y Valaquia serían gobernadas por los *hospodari* (príncipes rumanos que los turcos ponían al frente de la administración en estos territorios). Estos *hospodari*, de elección turca, eran normalmente miembros de familias griegas del distrito de Fanar (*Fener*), en Constantinopla. Muchos nobles rumanos se aliaron con los fanariotas gobernantes y el griego se convirtió —para vergüenza de nuestro autor— en lengua oficial. No fue éste el caso de Dinicu Golescu, quien siempre entendió que los turcos eran los causantes del mal estado en el que se encontraba Rumanía y de los que, además, pensaba que sólo habían traído desgracia e incultura al pueblo rumano. El ideal utópico, la felicidad, por lo tanto, no se encuentra, según él, en Oriente, como tradicionalmente se ha creído en Europa. El pueblo llano no es partícipe de esa vida de lujo y bienestar; la felicidad no se encuentra aquí. Golescu busca, ante todo, la justicia, la igualdad de clases, la ilustración del pueblo. Por eso emprende su viaje a Occidente, en busca —o quizás para poder constatar con sus propios ojos lo que él ya sabe—, de la felicidad, de la ilustración, de la cultura..., pero no para él —nuestro escritor no presenta indicios de egoísmo—, sino para todos los ciudadanos. Se propone, así, quizás sin saberlo, dar un giro radical en la búsqueda de la felicidad, de ese ideal. Pero no concibe la utopía de un modo filosófico, al estilo de Tomás Moro, por ejemplo, quien propugnaba una utopía puramente teórica y prácticamente inalcanzable, una quimera, un sueño imposible. El ideal utópico en el que él piensa es palpable y factible y, además, no es un objetivo final en sí, una meta, sino un medio para, desde ahí, iniciar el camino hacia la felicidad del pueblo. Su sueño es llegar a alcanzar un buen sistema social, económico, político, educativo, etc.

para poder conducir al pueblo a la felicidad (ser capaces de imitar los modelos occidentales para empezar a construir un mundo mejor, más feliz y más justo, en definitiva). Como dice Mircea Anghelescu²:

Es indudable que Dinicu Golescu (...) formó parte de los boyardos de tendencia liberal desde un principio, de aquéllos que entendieron que el futuro del país estaba indisolublemente ligado a la reforma política y administrativa y, sobre todo, a la mejora de la suerte del campesino. Con todas las reticencias debidas a la educación y a su posición social, él no podía formar parte más que de los simpatizantes de un movimiento destinado a romper las cadenas de la opresión económica que estaba sufriendo todo el país, especialmente el pueblo (Op. cit.; p. XIX).

Recapitemos, pues: Golescu cambia radicalmente los presupuestos establecidos hasta ahora, a saber:

- 1) Por una parte, el ideal utópico no está en Oriente, sino en Occidente.
- 2) Por otra, este ideal no es inalcanzable, quimérico, sino real y palpable (aunque en otro enclave geográfico) y, por lo tanto, posible.
- 3) Y por otra parte, el ideal utópico no es un fin en sí mismo, sino un principio: el principio que sienta las bases para poder llegar a la felicidad. Una vez que el pueblo haya sido ilustrado, el progreso es posible.

En los viajes que realiza durante los años 1824, 1825 y 1826 nuestro escritor va anotando —al menos, en teoría— todo lo que va viendo por los caminos y las ciudades de Occidente, contrastando continuamente la situación en la que se encuentran estas ciudades con la que está viviendo el País Rumano. Decimos «en teoría» porque no podemos afirmar a ciencia cierta que la redacción se hiciera sobre el terreno, pues no es seguro ni probable que Golescu fuera escribiendo mientras viajaba. Parece ser que esto no es más que un recurso literario, por más que él se empeñe en hacernos creer que va redactando y describiendo lo que ve mientras va en la carroza. No decimos que no tomara nota sobre datos precisos y concretos a medida que va realizando su viaje, pero de ahí a redactar el diario «*in situ*» hay un abismo.

² La traducción es nuestra.

En cuanto a los recursos estilísticos que emplea, en su afán por mostrar siempre la inferioridad de condiciones en las que se encuentra su nación con respecto a otros pueblos europeos, destacaremos el de la comparación. Golescu siempre nos presenta los hechos «con relación a ...». De ahí que no resulte extraño toparnos continuamente con frases del tipo «*Iar noi...*» («*Pero nosotros...*») o «*la noi*» («*en nuestro país...*») contrastando siempre los modos de vida y las costumbres y actitudes de las zonas occidentales con los del País Rumano, dejando así patente la diferencia existente, no exenta de un cierto aire de desesperanza y resignación ante la situación del pueblo rumano (pero se permite el lujo de poner en evidencia a los gobernantes con su escrito). Y es que a Golescu, a veces, no le importa demasiado expresar claramente lo que piensa, llegando, incluso, a dejar aflorar sus sentimientos en determinadas ocasiones, si bien es cierto que lo hace de un modo comedido, sin exageraciones. No es, ni mucho menos, el escritor romántico que desnuda su alma; Golescu, en principio, narra al margen de que su narración sea una crítica —o más bien una catarsis— o un texto de tono moralizante y doctrinal, a través del ejemplo, de la experiencia ajena. Pero es posible encontrarnos con pasajes en los que se vislumbran atisbos de sentimentalismo, sobre todo a la hora de comentar las reacciones que tienen lugar en su interior al describirnos la contemplación de un paisaje. Estamos, pues, ante un Golescu de espíritu pre-romántico que no duda en incitar al lector a que se sienta conmovido por las descripciones de las que nos hace partícipes; él, incluso, se sorprendería de que el espectador permaneciera indiferente ante lo que tiene delante de los ojos, como nos dice al hablarnos del jardín de Şenbrun (Schönbrun):

Es imposible que alguien pueda describir fielmente la belleza de este jardín. Tan sólo puedo decir que a una persona que entre por primera vez allí, sin duda una de estas tres cosas tiene que ocurrirle, dependiendo de la fuerza y de la variedad de sus estados de ánimo: que si está triste se alegre al entrar, que si está alegre se entristezca, o que si no está ni triste ni alegre que se deje llevar bien por la tristeza o bien por la alegría, pero es imposible permanecer indiferente (p. 40).

Establecido el espíritu ilustrado que caracteriza a Dinicu Golescu, articularemos nuestro trabajo ateniéndonos a dos diferentes puntos de vista, a dos modos distintos de poner de manifiesto el retraso que el País Rumano sufre con relación a otros países europeos:

- 1) El retraso intelectual y espiritual: la lengua, la literatura, la educación y las costumbres.
- 2) El retraso material: urbanismo y arquitectura, las instituciones, la agricultura y los parques y los jardines.

1. EL RETRASO INTELECTUAL Y ESPIRITUAL

a) La lengua

Cabría empezar por el problema que esto supone para nuestro autor. Golescu quiere resaltar el hecho de que el idioma rumano se encuentre en franca desventaja con respecto a otros que sí son capaces de expresar y designar con la palabra justa nuevas realidades, como el griego. Por esta razón pretende inducirnos a que creamos que escribe en lengua griega (que es la lengua oficial de los boyardos de la época, según hemos visto) porque con ella es posible crear nuevas palabras y definir todo aquello que rodea al hombre. Así, nos cuenta la siguiente anécdota en este pasaje:

Al salir de Braşov empecé a escribir en lengua nacional todo aquello que veía, pero a los pocos días me vi obligado a escribir en lengua griega porque muy frecuentemente veía cosas que no sabía cómo designar en nuestra lengua, como şadırvan, statue, cascade y otras con las que me pasaría horas y horas calculando dónde sería necesario utilizarlas. Y por esta razón me vi obligado a dejar la lengua nacional y a empezar con el griego (p. 53).

No obstante, pensamos que aquí lo que realmente hace es lamentarse del estado de retraso que sufre la lengua rumana y de paso «denunciar» muy sutilmente el hecho de que los boyardos hablen —y escriban, en este caso— en griego, ya que él se siente avergonzado por no poder expresar en su lengua materna todo lo que contempla, por falta de léxico, según nos cuenta, por haberse quedado atrasada con respecto a otras. El pasaje anteriormente visto se nos antoja no exento de una cierta paradoja, porque si bien por una parte Golescu critica (aunque no lo manifieste explícitamente) que los nobles rumanos tengan la lengua helena como lengua de comunicación, por otra, pone de manifiesto el estado de inferioridad en el que se halla la lengua rumana, al tener que recurrir a otros idiomas como el griego para poder describir con la palabra exacta todo lo que va viendo. Sin embargo, observando detalladamente los vocablos que usa para rese-

ñar cosas que no tienen correspondencia léxica en rumano, nos percatamos, no sin asombro, de que la mayoría provienen de la lengua turca (HAVUZ «estanque, piscina»; ŞADÎRVAN «fuente, chorro de agua») o de neologismos pertenecientes a lenguas románicas (CASCADĂ, MONETĂ, STATUĂ, ALEE, BAL...) y no románicas, como ocurre con palabras adaptadas fonéticamente del alemán (SPENŢER, ȚFANȚIHI, AILVAGHEN...). Para nuestra sorpresa las realidades que él decía no poder describir en lengua rumana no son helenismos precisamente. Es bastante curioso, además, que no se pronuncie en contra del uso de estos germanismos, que él utiliza como lengua propia en su discurso narrativo, quizás por estar ya perfectamente instaladas en la lengua rumana de la época. Con lo que no parece estar tan de acuerdo es con el hecho de que el alemán haya suplantado completamente al idioma nacional en las representaciones teatrales: «*La noi vorbesc în teatrul limba nemțească*» («*En nuestro país el teatro se representa en alemán*»), escribe Golescu con bastante sonrojo. Y continúa diciendo:

Y a causa de esta costumbre pasé bastante vergüenza en Viena, porque estando en una reunión en la que había un inglés que venía de Tarigrad³ y había pasado por Bucarest, y al verme vestido con ropa turca me preguntó de dónde era. Y al enterarse de que era de Bucarest empezó a decirme que cuando estuvo allí fue al teatro con gran empeño en oír una representación en lengua nacional, y que al ver que hablaban en alemán les preguntó a los que iban con él (que a pesar de conocer su empeño, le ocultaron que las representaciones se hacían en alemán) si todo el pueblo sabía esta lengua.

(...) Tras esto empezó a preguntar si no tenía esta nación una lengua y una literatura nacionales (p. 70).

No se ha podido identificar al inglés al que se refiere nuestro escritor. Todo parece apuntar a que es uno más de sus «trucos» o recursos literarios. La figura del inglés le sirve como excusa para poder plasmar lo que realmente piensa, inventándose un personaje que haría las veces de «abogado del diablo» y que le permite explayarse acerca de la utilización —vergonzosa e incomprensible para él— de la lengua alemana en el teatro. Este personaje le da licencia a nuestro autor para criticar —en boca de otro, eso sí— este hecho. Permítasenos una pregunta-curiosidad: si se supone que la conversación que tiene lugar en la citada reunión se desarrolla en rumano —y no parece ser, o al menos Golescu no nos lo dice, que el inglés tenga dificultades a la

³ Estambul.

hora de expresarse en él—, ¿por qué está tan interesado este británico en asistir a una representación en este idioma? Obviamente, como extranjero que es, tiene interés en ver una obra en rumano, pero si partimos del hecho de que aparentemente lo habla y entiende con tanta perfección, ¿a qué viene esa insistencia en oír esa lengua en el teatro? Con esto queremos poner de manifiesto el carácter ficticio del personaje del inglés. ¿Repararía Golescu en este —creemos— ligero desliz? Lo hubiera solucionado simplemente comentando que el inglés no se expresaba demasiado bien en rumano.

b) La literatura

Golescu es partidario de realizar un cambio en toda la estructura social en la que se encuentra el pueblo rumano, partidario de una revolución, pero una revolución no bélica sino ilustrada, a través de las letras, de la literatura. Es preciso ilustrar al país, es necesario que todo ciudadano pueda acceder a la enseñanza para acabar con el embrutecimiento: la ignorancia es la causante de la infelicidad del hombre. De ahí que un buen punto de partida sea la creación de una sociedad literaria, una sociedad en la que sus miembros (que se distinguirían más por sus buenas intenciones que por sus conocimientos) se entregarían por completo a traducir libros extranjeros, para dar a conocer al vulgo lo que acontece fuera de sus fronteras. La traducción es para Golescu una manera de poder acercarse a la cultura de otros países, a sus modos de vida, a sus costumbres, a sus instituciones..., y así poder imitarlos:

Y entonces también cada uno de nosotros ganará gran honor y gran felicidad, y el pueblo sin duda llegará en pocos años al estado en el que se encuentran los otros pueblos europeos, así como también se llegará a la tan deseada luz cuando se tome ejemplo de los demás, se multipliquen los ingresos de las escuelas y cuando se comprenda que lo que hay que hacer con los hijos de los nobles que saben lenguas extranjeras es una pequeña sociedad para traducir al rumano libros extranjeros tan necesarios para nosotros. La gran utilidad de este trabajo (...) sin duda la conocerán nuestros descendientes (...). Y en el plazo de un año, ¿no podría cada uno, si se lo propone, traducir un librito, aunque fuera una historia muy corta? ¿No se podría dotar a cada uno de ellos de uno o dos carros para que trajeran lexicones en abundancia y se contarán mutuamente sus conclusiones para debatirlas todos juntos y crear nuevas palabras que nos hacen falta? (pp. 52-53).

Unido a la importancia que tiene la literatura a la hora de ilustrar al pueblo, está el teatro. El teatro es una fuente de conocimiento directa para la población, pues en tanto en cuanto ésta no sepa leer, habrá que educarla a través de ejemplos, de una manera visual, con historias ajenas pero cercanas, donde se ponga de manifiesto el tono moralizante y didáctico. Tiene, por tanto, el teatro, un cierto efecto catártico, pues el hombre se ve reflejado en los distintos personajes, identificándose con ellos. Y de este modo aprende, se ilustra y extrae sus propias conclusiones. En otros casos, no obstante, el pueblo se limita a querer imitar la vida de aquellos grandes personajes que ve en escena. Y eso, lógicamente, también es positivo.

c) La educación

En una aldea muy pequeña, llamada Grihdorf, me alojé en una taberna, donde al entrar un aldeano en la sala en la que estábamos, nos preguntó si le permitíamos charlar con nosotros para pasar el rato. Y este aldeano, después de cruzar muchas palabras y tras las preguntas que le hicimos sobre sus costumbres y leyes, una vez que nos dimos cuenta de que hablaba francés, alemán e italiano, empezó a hablar en griego, recitando tres o cuatro líneas de Jenofonte y algunos versos de Homero, y al preguntarle que dónde aprendió griego, me respondió que en todas sus aldeas tiene que haber escuelas en lengua nacional y que aquellos escolares que tienen afán por aprender van a escuelas de otras ciudades, donde la enseñanza tiene un mayor nivel y se hace en diferentes lenguas (...). Después vino la hija del tabernero, de unos diez años, y nos cantó con el clavicordio, y también vinieron otros que se ofrecieron a entretenernos por todos los medios (p. 101).

Nos ha parecido interesante comenzar con este pasaje en el que Golescu pone de manifiesto dos de sus preocupaciones máximas en cuanto al tema de la educación se refiere: la instrucción del campesino, del pueblo llano, y la de los niños y jóvenes, en la que se incluiría también la de las mujeres, bien en las artes musicales o en otro tipo de disciplinas como leyes, cálculo, geografía, alemán o francés, tal y como nos cuenta que sucede en las escuelas de Viena. La enseñanza de los niños y de la juventud tiene para nuestro autor un peso importantísimo: ellos son el futuro del país y en ellos se han de depositar las bases del conocimiento. Por eso es preciso que se disponga de buenas escuelas de instrucción primaria, de institutos, de universidades, así como de todo tipo de instituciones que puedan colaborar

en su buena formación, como es el caso de bibliotecas, talleres, museos, laboratorios... De este modo,

un niño que entre con 8 años en una escuela, cuando tenga 15 años será capaz de responder a la pregunta de cualquier profesor sobre gramática, retórica, poesía, aritmética, historia particular, geografía, religión, filosofía, lógica, metafísica, moral, álgebra, geometría, historia universal, ciencias naturales, física, astronomía, historia antigua y estética, quedándole todavía 5 años hasta los 20 para hacerse un buen abogado, soldado, doctor, matemático, político o comerciante. (...) porque yo bastante vergüenza pasé cuando vi en la residencia niños de 8 ó 9 años que sabían lo que no sabían los míos con 20 años, (...) de tal manera que era imposible creerlo ...» (p. 109).

Y como viajero y persona abierta dispuesta a conocer otros pueblos y otras culturas, consciente de que el viaje enriquece al hombre y le aporta una visión mucho más completa de la realidad, es partidario del intercambio cultural entre diferentes países, o cuando menos, del aprendizaje fuera de las fronteras habituales, mayormente —y lógicamente— si el país de origen es el País Rumano:

...y me atrevo a decir a los padres que quieran enviar a sus hijos a países extranjeros para que aprendan de los libros las buenas costumbres que no cometan el error de mandarlos con 20 ó 22 años a determinados tutores, como es costumbre entre los rumanos, (...) sino que los manden con 8 años a los institutos imperiales, reales o nacionales que poseen todos los gobiernos. (...) Porque también el ver las costumbres de cualquier nación no es pequeña escuela... (p. 108).

En resumen, la idea que Golescu tiene acerca de la enseñanza presenta en su base una «concepción democrática», como dice Mircea Anghelescu, ya que el cambio que nuestro autor propone, la revolución que él anhela (entendida en su sentido estricto de «darle la vuelta a la situación»), no es una revolución violenta, sino una revolución desde el entendimiento, desde la ilustración, en definitiva; solamente educando al pueblo y poniendo a su alcance los medios necesarios se podrán ir transformando las estructuras sociales y la injusta situación de la que son mártires. El pueblo culto e ilustrado es feliz en la medida en que no vive en la ignorancia, pues ésta es la causante de todos los males: debido a ella, los más fuertes y poderosos se aprovechan de los más débiles. Y Dinicu Golescu piensa, sobre todo, en las

clases sociales más bajas, en los campesinos, en los trabajadores, que son, en última estancia, los que construyen la nación con su esfuerzo diario. Es consciente de que hay que ser capaces de ofrecerle a la plebe todo lo que necesite para poder educarla e instruirla, de modo que tenga acceso a la felicidad o, al menos, a una vida mucho más digna; los gobernantes no deben permitir ya que sus ciudadanos sigan viviendo más en ese estado de embrutecimiento e incultura. La principal causa del retraso espiritual que sufre Rumanía es la falta de conocimiento, la carencia más absoluta de cultura. Sin tener un referente educativo, ¿cómo es posible iluminar al pueblo?

¡Oh, qué gran e inteligente cuidado tienen los gobernantes de otros lugares para construir la felicidad de sus pueblos! ¡Cuántas ayudas para los que han venido a menos, y cuántas más para los demás con el fin de que no les pase lo mismo! ¡Cuántos hospitales para cualquier clase de ciudadano! ¡Cuántas escuelas mediante las que se afanan en instruir al pueblo y en llevarlo al verdadero conocimiento, (...). Pero en nuestro país esto no se ha tenido nunca en cuenta... (p. 30).

d) Las costumbres

Derivadas, precisamente, de la educación que se le ha ido proporcionando al pueblo de los países occidentales, y fruto del interés que tiene hasta el más insignificante campesino de la más insignificante aldea de cualquier país de la Europa occidental, son las costumbres que los habitantes de otras zonas tienen establecidas como algo completamente normal y cotidiano en el desarrollo de sus vidas. Hechos que en el País Rumano podrían tener un marcado carácter de sofisticación o de extraordinariedad son en Suiza, por ejemplo, acciones que no revisten la menor importancia para sus habitantes, pero sí a los ojos de un rumano, como es el caso de nuestro viajero. Veamos, si no, el siguiente pasaje:

De aquí fui a la aldea de Alsteten, donde me pasó algo digno de mencionar: al llegar a una taberna un hombre quiso saber de dónde veníamos. Al decirle yo que de Kronstat, él preguntó que si del Kronstat de Transilvania⁴ que linda con Valaquia, pues hay otro en Rusia y es necesario distinguirlos. Viendo entonces que aquel hombre tenía co-

⁴ Se refiere a Braşov.

nocimientos de geografía, le pregunté al posadero que quién era ese hombre, y el me respondió que era un campesino, y que había venido allí porque aquel día era el día en el que alguna gente se reunía en una sala para leer periódicos y estar informados (...). Entonces me entró mucha pena porque vi que los campesinos de Suiza queriendo saber qué ocurre en el mundo, se reúnen y leen los periódicos, mientras que los nuestros no lo hacen (p. 103).

Golescu quiere un mundo justo, una sociedad justa, sin diferencias sociales ni actitudes fariseicas. En la sociedad rumana de la época todo gira en función del grado que ocupe cada uno en su escalafón social, pero ni los sentimientos ni los hechos son sinceros. Todo está impregnado de hipocresía, con la cual cada ciudadano representa su papel. Cada uno está acostumbrado a hacer las cosas por obligación, por miedo hacia sus superiores y no por propia voluntad, por educación y respeto. Y todo esto por mor de la incultura, como nos explica en este pasaje en el que habla del saludo a los superiores:

De esta costumbre suya que tienen para con toda persona se deduce que son educados y cultos, y que cada uno conoce su deber y se porta bien con los demás por propia iniciativa. Pero en nuestro país los habitantes, debido a la mucha opresión e incultura que han tenido y tienen, no conocen ni el deber con el otro (haciéndole la reverencia sólo a aquél a quien se teme, como, por ejemplo, al señor recaudador, si es que lo conoce, pero ante cualquier otra persona no se quitan ni el gorro, aunque sea de nivel superior) (p. 88).

Y no sólo es la hipocresía en el trato o en el saludo, sino que muchas veces el querer aparentar y asombrar es puramente material. Golescu critica que en el País Rumano las damas de la nobleza, por el mero hecho de ser ricas, se vistan con los más costosos y lujosos vestidos y se embellezcan con las joyas más caras y deslumbrantes que tienen con tal de hacer una exhibición de sus riquezas, a diferencia de las nobles damas vienesas, por ejemplo, cuya única preocupación es simplemente que su ropa esté limpia:

...de las cuales un extranjero no puede conocer cuál es de la nobleza y cuál del pueblo, o cuál es rico y cuál es pobre, porque los más poderosos no van vestidos con sedas, ni las damas llenas de joyas, sino que todos están vestidos simplemente con ropa limpia.

La mujer de baja condición social se viste con ropa de 10 florines de percal limpio y buen corte, y las damas nobles y ricas, con vestidos

de percal y otras telas caras, limpios y muy bien confeccionados (...). Quien vea a estas damas de la alta sociedad vienesa y a las nuestras (...) juzgaría de pobres a las vienesas y de vienesas, dominadas por el lujo y millonarias, a las nuestras (p. 35).

La buena educación y el respeto para con el otro es un punto importante para Golescu, en el cual insiste frecuentemente. Sirva este pasaje que describe el modo de vida de Buda y de Pest para tratar de comprender lo que nuestro autor envidia y desea para el bien de su patria:

Los habitantes de estas 2 ciudades son muy afables, y su vida cotidiana, muy tranquila. No se oye alboroto, no se ven peleas, no ofenden a los extranjeros que no les molestan, no se ve en ningún momento motines en las cárceles como he visto en otras ciudades, donde la policía es más numerosa porque todos los hombres cometen muchos más delitos. Pero estos ciudadanos parece que tienen como modelo la tranquila vida de los vieneses, porque allí el primer cuidado y deber de cada uno es éste: no causar a nadie ni la más mínima molestia (p. 16).

2. EL RETRASO MATERIAL

a) Urbanismo y arquitectura

Prácticamente se refiere este apartado al trazado de las calles, de las ciudades, a la construcción de los diferentes edificios, al aspecto de las casas que, como a todo viajero, no le pasan inadvertidos a Dinicu Golescu. Hagamos un ejercicio de memoria personal y recordemos qué es lo primero que nos llama la atención y nos sorprende cuando viajamos a un espacio urbano distinto a nuestro lugar de residencia: lógicamente, las casas, los edificios. A nuestro autor tampoco se le escapa detalle:

Esta bonita ciudad que ha recibido el nombre de el nuevo París puede competir con todas las ciudades que he nombrado hasta ahora por su magnífica belleza, por su clima suave y benévolo y por las maravillas que han construido los hombres (...). Hay una iglesia cuyo tamaño, ornamentación, artificio arquitectónico, estatuas, torres y flores, todo ello hecho en mármol, son cosas dignas de ver (p. 73) (Milán).

Veamos ahora la descripción que hace de la ciudad de Trieste:

Las casas son todas muy bonitas, hechas con gran estilo y gusto urbanístico, y todas perfectamente alineadas. El pavimento de las calles no creo que exista uno semejante en otros lugares. Su belleza y solidez son dignas de ver, porque son muy anchas y rectas, y la mayoría se entrecruzan, pavimentadas con grandes losas de piedra, algunas de las cuales miden aproximadamente 2 metros. Alrededor de las casas hay unos lugares con losas de piedra de 2 metros de ancho para los peatones, cuyo pavimento tiene algunos guijarros para que no resbalen ni los animales ni las personas (...). Y esta obra no sólo en 5 ó 10 calles, sino en todas las de la ciudad. Los extranjeros pasan muchísimas horas en estos cruces porque desde allí ven por los cuatro lados la belleza de las calles, la alineación de las casas (...). En fin, es cosa de admirar: de nada sirve describirlo: es necesario verlo (pp. 61-62).

Todo le llama la atención, y ante todo se queda sorprendido; las descripciones de ciudades tan importantes como Viena, Múnich y Venecia, o de otras más pequeñas como Ginebra, Padua o Baden, pueden llegar a ser más o menos minuciosas, pero por encima de todas las cosas Golescu tiene un sólo propósito: el de crear una envidia en su propio país y así suscitar el ánimo de imitar a estas ciudades. Por eso, quizás, es tan meticuloso en sus explicaciones; casi parece estar dando las instrucciones precisas para que los rumanos copien todas esas obras.

b) Las instituciones: Museos, bibliotecas, escuelas, hospitales

Son el complemento material de la base teórica de la educación; a través de ellas se podrá conseguir que el pueblo salga del letargo y del retraso cultural en los que se encuentra. Es ingente la cantidad de ocasiones que nuestro autor se detiene a describir las maravillas de las bibliotecas, de los museos, de las escuelas y de los hospitales —por citar algunas instituciones— de las ciudades que va visitando. Lógicamente, es una manera de decir todo lo que estos países tienen a disposición de la enseñanza y del mejor nivel de vida y servicios de su pueblo, una forma de poner de relieve todo aquello de lo que el País Rumano carece o apenas tiene, como teatros, escuelas, cirujanos, sacerdotes dignos de su oficio... Sirvan como muestra estos ejemplos:

Y también tienen un taller donde acogen a todos los pobres, mancos, cojos, ciegos y holgazanes a los que ponen a trabajar en diferentes actividades y a los que no les dejan que vagabundeen por los caminos pidiendo compasión (...). Y de esta forma se han preocupado de poderlos vestir, calzar, y alimentar y de que trabajen. Y no sólo recogen a este tipo de personas en este taller para que aprendan un oficio, sino también a cuantos encuentran por las ciudades que están fuera de su jurisdicción (p. 25).

Hay otro edificio pero con muchas salas llenas de libros, la mayoría antiguos, en lengua húngara, latina, alemana, rumana, griega y francesa. Otra sala grande repleta con distintas colecciones de monedas extranjeras y húngaras desde la Antigüedad hasta nuestros días (...). Como también toda clase de metales en su misma roca, así como ejemplares de todos los animales que hay en Hungría, tanto los de tierra como los voladores y los marinos, unos metidos en alcohol y otros disecados (p. 13).

Para Dinicu Golescu, Múnich y Viena son las ciudades que se erigen como los grandes centros europeos de enseñanza, al menos si nos guiamos por el placer que él siente al contar hasta 16 diferentes clases de escuelas. Esta abundante oferta de servicios, materias y disciplinas constituye todo un gozo para nuestro autor, que no se cansa de enumerar: escuelas para sordomudos, escuelas para niños ciegos, escuelas de economía, escuelas para señoritas, escuelas de buenos modales, escuelas de veterinaria... En cuanto a los hospitales, volvemos a encontrarnos con que es justamente en estas mismas ciudades, antes nombradas, donde se detiene a dar una lista descriptiva de sus diferentes tipos, como el hospital de los pobres, el de las hermanas isabelinas, el de los presos, el de los judíos... Al llegar a la descripción del hospital vienés para los enfermos mentales, no puede evitar hacer una pequeña crítica a modo de gracia —lógicamente dirigida a los otomanos— sobre la indumentaria que él llevaba:

Hospital de los locos, a los cuales no tuve la suerte de ver, porque no me dio permiso el doctor, pidiéndome mil disculpas, argumentando que yo iba vestido con ropas turcas y que en cuanto me vieran, todos se turbarían tanto que todo el hospital se inquietaría, lo cual verdaderamente sentí mucho, pero no por no haberlos visto, sino porque me extrañé de que sólo los locos no pudieran soportar ver a un turco... (p. 28).

c) Las agricultura

Resulta destacable la obsesión por describir los sembrados de los territorios por los que va pasando; es una insistencia de la que él mismo es consciente y que soluciona en numerosas ocasiones con frases del tipo «como ya he dicho» o «iguales que los que he descrito anteriormente». Pero raras veces se resiste a enumerar los tipos de cultivo de que otros pueblos disponen (avena, trigo, cebada, centeno...) o los sistemas que utilizan para sacar mayor aprovechamiento del suelo, en el caso de que sea una tierra poco fértil. En algún que otro pasaje prácticamente explica en qué consiste el barbecho. Así consigue el efecto didáctico propuesto, pues no está ni más ni menos que diciendo: «¡mirad cómo se hace en otros lugares; a ver si aprendemos de estos pueblos y de estos habitantes!»

Y donde hay un barranco o la más pequeña inconveniencia en el terreno, ellos han ido cavando un poco por la parte de arriba durante todo un año y lo han ido echando hacia abajo hasta nivelar y embellecer el sitio que era feo e inservible.

(...) Y al preguntarles a los trabajadores por qué se esforzaban en ese terreno inservible me respondieron que este trabajo lo hacían en los momentos en los que no tenían que hacer cosas más necesarias, y que nivelando este sitio lo hacían provechoso, y que debían dejar bonito un sitio feo siempre que fuera posible. Ahora que juzgue cada uno en qué gran estado de felicidad se encuentra ese lugar y sus habitantes porque tienen tiempo incluso para acondicionar los terrenos (pp. 101-102).

Pero, en el fondo le puede la decepción, la falta de confianza, muchas veces, en el pueblo rumano. Conoce perfectamente la desidia que caracteriza no sólo al Gobierno, sino al propio campesinado. La idea de Golescu sobre la agricultura es muy clara: es obvio que su país se encuentra en un estado agrícola lamentable, pero nuestro autor sabe que el suelo rumano tiene condiciones y recursos de sobra para dar resultados más que satisfactorios. Son la dejadez de los gobernantes y la poca disposición de los campesinos las que provocan este estado de precariedad:

Todos estos campos están sembrados de trigo, avena, maíz y heno.

Un lugar así, si estuviera en nuestro país, no sólo no lo sembrarían, sino que huirían de él como del más grande enemigo (p. 11).

d) Los parques y los jardines

Nuestro viajero queda maravillado por algo tan aparentemente sencillo y anecdótico como es un parque o un jardín: todo vale con tal de demostrar que los otros pueblos no se dedican solamente a las grandes obras, a las cosas más trascendentes. La importancia de los parques y jardines, así como el gusto que se tiene por ellos, se la debemos los europeos a los tiempos de Luis XIV (recordemos Versalles, por ejemplo) y al Imperio austro-húngaro. De este modo, Golescu quiere resaltar el retraso y la inferioridad en que se encuentra el País Rumano, tan ajeno a esta cultura occidental. Como siempre, los ejemplos son innumerables, pero destacaremos éstos:

Todo este paseo tiene sólo muchos árboles grandes con arena extendida entre ellos, y en algunos lugares bancos para sentarse. En el centro, un quiosco circular donde sirven bebidas y en cada una de las esquinas, sendas fuentes. De este jardín se pasa a otro al que llaman jardín inglés. Este jardín es tan grande que incluso el hombre más habituado a pasear no podría recorrerlo en un solo día. (...). Corren por aquí varios arroyos con gran cantidad de puentes... (p. 93) (Múnich).

Aquellos jardines de flores tienen a cada lado unos pedestales sobre los cuales hay unas estatuas de mármol; después, en las otras tres partes, se extienden unos bosques con árboles de un tamaño increíble y con muchos senderos, unos sombríos y otros luminosos (...) y en toda esta extensión de terreno hay también muchos canales (...) y ríos con multitud de puentes sobre ellos... (p. 93) (El jardín de Nímfenburg).

En fin..., los ejemplos, como decimos, son incontables. Esperamos que hayan servido estos breves apuntes para que el lector moderno haya podido acercarse al espíritu inquieto de Constandin Radovici Golescu, a sus ambiciones y pretensiones. Quedan aún en el tintero muchos tópicos más, muchos ejemplos más. Como la exhaustividad no nos parece pertinente en estos casos, invitamos desde aquí a quien quiera y tenga curiosidad a que se acerque a las páginas de este diario tan fascinante e importante para nosotros.

BIBLIOGRAFÍA

- BUSUIOCEANU, Alexandru: *Istoria literaturii române*. Bucarest. Ed. Jurnalul literar. 1998.
- CIORANESCU, Alexandru: *Diccionario etimológico rumano*. Universidad de la Laguna. Biblioteca Filológica. 1960.
- FAIFER, Florin: *Semnele lui Hermes*. Bucarest. Ed. Minerva. 1993.
- GOLESCU, Dinicu: *Scrieri*. Bucarest. Ed. Minerva. 1990. (Edición a cargo de Mircea Anghelescu)
- NEGOIȚESCU, Ion: *Istoria literaturii române*. Bucarest. Ed. Minerva. 1991.